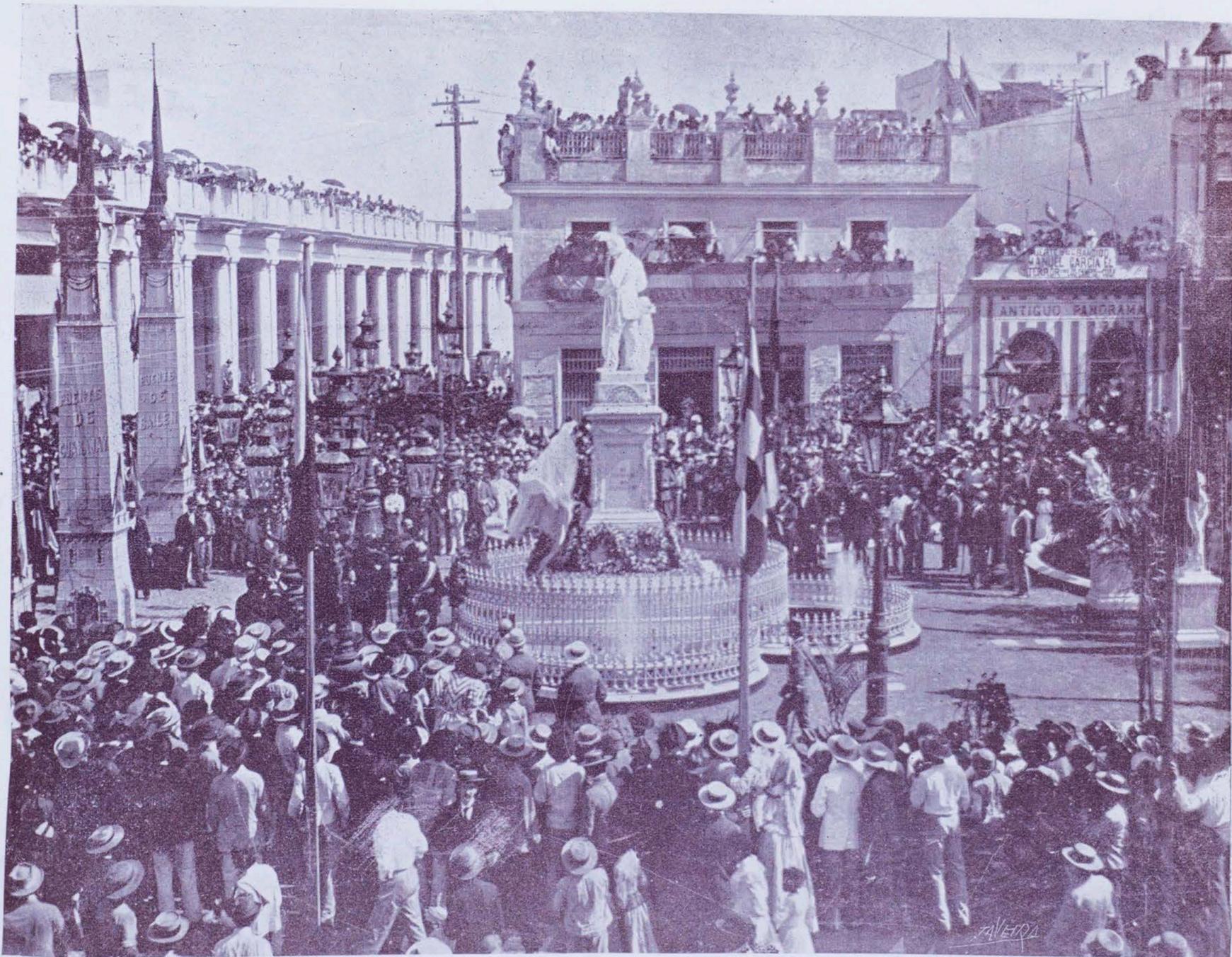




HEMEROTECA  
RESERVA

Periódico Literario y Artístico



INAUGURACION DE LA ESTATUA EN HONOR DE ALBEAL

Fotografía de Musio

## LOS TRIUNFADORES



CABO de leer el drama de Justo de Lara, y ahora siento no haber asistido á su representación. No fué que me faltasen deseos, estimulados por la curiosidad y el afecto. Pero los actores españoles tienen, por lo general, una manera de entender y practicar su arte, que difiere mucho de lo que me cautiva, en materia de representaciones escénicas. Dos actores, que fueron al mismo tiempo el uno el mayor poeta dramático y el otro el mayor poeta cómico de los conocidos hasta el día, Shakespeare y Molière, establecieron, há buen tiempo, los cánones de la declamación *naturalista*. Sus consejos, á pesar de tan alto origen, no han logrado penetrar en España, á lo menos en lo que ha alcanzado mi experiencia. Y como no abrigo la pretensión extraña de que los cómicos que nos visitan ó residen entre nosotros cambien de escuela, por complacer á un simple espectador, que ni siquiera escribe crónicas teatrales, resuelvo el conflicto de la manera á la vez más sencilla y más radical, no frecuentando el teatro.

Esta vez al menos tengo que arrepentirme de mi propósito, y de la firmeza con que lo cumplo; porque el drama *Los Triunfadores* me ha interesado mucho á la lectura, y me pesa no haber podido formar juicio de su valor íntegro como obra dramática, como obra escénica. Me parece que el hábil crítico y buen escritor, que todos conocíamos en Justo de Lara, revela de pronto verdadero ingenio dramático, lo que supone dotes artísticas de las de más alto precio. Pero, por mi culpa, tengo que conformarme con el *me parece*. Un drama leído es algo bien distinto de un drama representado. Y como estas obras se escriben para la escena, el artista ha de tener en su mente la escena y combinar su trama y hacer que se muevan sus personajes en la escena. Hay una perspectiva teatral. Los poetas que desde su bufete se ajustan á sus leyes, como si al mismo tiempo fueran el espectador en su butaca, poseen una de las partes más difíciles del talento del autor dramático. Hay además una psicología teatral. El arte de conducir el diálogo, preparar la escena y hacer estallar la situación de modo que conduzcan el espíritu del público, lo suspendan y lo hagan vibrar ó estallar en el momento preciso, es otra de las partes características de esa facultad extraordinaria. Las leyes de la perspectiva y de la psicología teatrales son las que dan la medida de los personajes; y de ellas resulta que éstos deben presentarse bajo un ángulo diverso del de los personajes de una novela ó un poema. Todo ha de ser sintético en la

obra dramática. Decir mucho en breves palabras y sugerir más, abrir grandes perspectivas con pocas escenas; revelar un carácter por un rasgo; condensar una vida en una acción, éstos son los secretos de la composición escénica.

Y todo ello es así precisamente porque no se escribe para un lector sentado friamente en su gabinete, sino para una multitud congregada, cuya disposición de espíritu es muy otra, y á quien se ha de herir y cautivar por muy otros medios. Ahora bien, por muchos esfuerzos de imaginación que se hagan, es muy difícil transmutar el alma de un público en el alma de un lector; y por ello resulta ardua y casi imposible tarea que la lectura de una obra dramática diga lo que ella es totalmente, en su unidad artística. Y por eso me he quedado yo sin saber á ciencia cierta si Justo de Lara tiene en efecto tan grande aptitud para la poesía escénica, como me lo hace sospechar su primer ensayo.

Lo que no necesito ir al teatro para ver es que su observación de la vida es tan sutil y profunda, como lo había sido su mirada de crítico á las obras del ingenio humano. Justo de Lara empezó por la erudición. No sé si ha dejado ese camino. Pero se advierte que ha recorrido otros con igual seguridad, y que ha procurado leer tanto en el rostro y el corazón de los hombres, como en sus libros. Su drama dice mucho á este respecto. Algunos de sus personajes secundarios, como la Baronesa, están esbozados con toques tan firmes, que revelan al conocedor, el perito de las máculas morales, que se disimulan y hasta se ablandan con el barniz de la buena sociedad. Hay virtudes estucadas, como hay bellezas estucadas. Reconocerlas demuestra penetración más que vulgar. Me he fijado en un personaje de segunda fila, porque precisamente éstos empeñan menos la atención del autor, y suelen revelar la parte más espontánea de su talento.

Entre las figuras principales hay una que me parece perfectamente diseñada, la del *original* Ramírez. Es una excelente creación. Viene á ser como la conciencia de la obra. En él hace repercutir el autor todas las ideas que ha hecho flotar, para que allí tengan su convergencia. Ve todos los otros personajes por dentro, y dice lo que ve. Al mismo tiempo es parte principalísima en la trama; así es que obra tanto como piensa y habla. No es un autor mediocre el que descubre y anima ese tipo.

No hablo de la trama, y parecerá extraño, porque ya he dicho que me ha interesado á la lectura. Pero como lo importante sería saber el efecto que produce en la representación, y no he podido juzgar ese efecto, tengo que quedarme con mis dudas. Lo que puedo decir es que, si representaran *Los Triunfadores* para mí solo, como *Taming of the shrew* para Christopher Sly, me hubieran gustado, y no poco.

Mayo, 1895.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

### El matrimonio de nuestro Director

Por cablegramas que han publicado nuestros apreciables colegas *La Lucha* y *La Discusión*, nos hemos enterado del matrimonio de nuestro queridísimo director, Sr. Pichardo, con la distinguida Srita. María Amblard.

Las noticias que han publicado dichos periódicos concuerdan perfectamente con las particulares que habíamos recibido, y aunque el laconismo del cable no nos ha permitido conocer detalladamente todos los pormenores de la ceremonia matrimonial, no es aventurado pensar que en este acto habrá recibido la joven pareja las demostraciones de consideración y simpatía que han inspirado en la sociedad madrileña las virtudes y belleza de una y los méritos y brillantes talentos del otro.

Los ilustres nombres de los señores Labra, Núñez de Arce, Balaguer y Riva Palacio, que según los cablegramas citados, han sido los testigos de la boda, demuestran la importante parte que la alta literatura madrileña ha tomado en las bodas del inspirado poeta cubano.

Nos adelantamos á enviar nuestras más entusiastas felicitaciones á la dichosa pareja, con los más fervientes votos por que perdure la dicha en el hogar que acaban de formar.

### MEFISTO

¡No eres más que un lacayo! Afila, afila tu lengua, como afilas un puñal, y entierra en mi semblante tu pupila como un dardo mortal.

¡Silba al verme también! ¡Silba, serpiente! Muérdeme cuanto quieras en mi honor, y clava en él tu venenoso diente con intenso furor.

Y di que tengo el corazón vacío, y el espíritu muerto, y di también que del amor y la virtud me río con cinico desdén.

Di que la fiebre y que la sed del oro lentamente me habrán de consumir, y que es una mentira mi decoro bien puedes añadir.

Di de mi cuanto quieras, ¡cuanto quieras! y agrega que me has visto y que me ves arrastrando mi nombre entre rameras y gimiendo á sus pies.

Di que sobre unos miseros ancianos y sobre una mujer, ante un altar, me viste una ocasión mis torpes manos, osado, levantar.

¡Son las tuyas ofensas de lacayo! Tu puesto la antesala y el dintel; por eso en mi venganza no hay un rayo para abrasar tu piel.

Puedes hacer mi corazón pedazos. ¿De qué cobarde acción no eres capaz? ¡Hecha tu espalda está de latigazos, y de cieno tu faz!

Matanzas, 95.

E. BYRNE.





Fotografía de Otero y Colomina

## Emilio Del Monte

É aquí una nota de actualidad, y muy importante, que se apresura á recoger EL FIGARO, atento siempre á lo que pasa en torno suyo. El nombre de D. Emilio Del Monte ha corrido de boca en boca y por la prensa en estos días, y la pública atención se ha concentrado en el joven y simpático ingeniero que entra á figurar como actor importante en los acontecimientos del día. A él, en efecto, ha confiado el Pacificador una empresa de la que espera grandes resultados de diversa índole: la construcción del ferrocarril que debe unir á Puerto-Príncipe con Santa Cruz del Sur. El proyecto de Del Monte dormía en las oficinas del Estado el sueño de los olvidados, cuando la sacudida de la mano del General Martínez Campos lo despierta y lo levanta. En un minuto y por modo inesperado el proyecto se trueca en realidad. Y ya el inteligentísimo Del Monte ha partido con su estado mayor al Camagüey, en donde á estas horas debe estar dando los primeros golpes de pico sobre el terreno que ha de sostener su ferrocarril.

Don Emilio Del Monte, cuyo retrato damos aquí, hizo sus estudios en París, en la famosa Escuela Central.

A fines de 1874, ya recibido, fué á Colombia á ayudar á su señor padre, el ingeniero don Fermín Del Monte, en el estudio de un ferrocarril de Bogotá al Magdalena.

Terminado en 1875 dicho estudio, trabajó en la construcción de un túnel y un canal para desaguar la laguna de Túquene en la altiplanicie de Bogotá.

De aquí pasó en 1877 al ferrocarril del estado de Antioquia, que construía á la sazón el conocido cubano D. Francisco Javier Cisneros.

En 1879 volvió á Cuba, al lado de su padre, que era entonces ingeniero principal del ferrocarril de Matanzas; á poco de estar desempeñando en dicho camino el puesto de ingeniero segundo, le fué ofrecido el de Ingeniero Jefe de la Compañía de Caminos de Hierro de la Habana, el cual ocupó hasta el año de 1882, en que pasó á la vecina isla de Santo Domingo con el objeto de explotar allí un ingenio.

Tres años después volvía á Cuba, en donde no ha dejado de desempeñar desde entonces altos puestos en grandes empresas y de ejecutar por contrata grandes trabajos, que le han valido la sólida reputación de que disfruta.

## Miguel de Monteverde y Sedano

Teniente de la Guerrilla de Cádiz, muerto en la acción de Juraguana, cerca de Manzanillo, el día 25 de Marzo próximo pasado.



El joven Monteverde y Sedano pertenecía, como lo indican sus apellidos, á una distinguida familia camagüeyana.

Por la línea materna es nieto de aquel inolvidable patricio don Francisco Sedano, de grato recuerdo para los camagüeyanos, que durante 25 años fué Gobernador de Puerto Príncipe, en cuyo puesto murió víctima de sus nobles y humanitarios sentimientos asistiendo á los desgraciados coléricos durante una terrible epidemia, allá por el año 26.

Por la línea paterna era nieto el joven Monteverde del repetao y queridísimo Licenciado D. Manuel de Monteverde, abogado notable, hombre de ciencias y distinguido escritor, autor de varias obras, muchas de ellas de verdadera importancia para el fomento y mejor progreso de nuestra agricultura.

Miguel de Monteverde deja en la viudez á su joven esposa y una niña de cortos meses. Este joven camagüeyano murió en la primavera de la vida, cuando apenas contaba 27 años de edad, dejando sumida en la mayor aflicción á su desconsolada madre y demás familia, con cuya amistad nos honramos y muy particularmente con la de sus hermanos don Federico de Monteverde, Ayudante de Campo del Excmo. Sr. General Lachambre, y don Manuel de Monteverde, Presidente de la Diputación Provincial de Puerto Príncipe y del comité autonomista de dicha localidad, á quienes enviamos nuestro más sentido pésame, lo mismo que á la Excmo. Sra. Da Dolores de Monteverde de Fernández, esposa de nuestro particular y querido amigo Rosendo, á quienes afecta tan de cerca esta sensible desgracia.



## La llama del alcohol

A RAMÓN CATALÁ

I



ARMANDO hacía la retirada vida del abogado sediento de triunfos forenses: se pasaba meses enteros estudiando en su bufete.

Pertenecía á una familia noble que le había dejado con un nombre ilustre un capital sano; pero conocedor de sus brillantes facultades para el foro, puso su empeño en asociar á los pergaminos heredados los que se adquieren defendiendo las causas nobles, de la virtud y de la justicia.

II

Casado con una mujer encantadora y padre de dos preciosos pequeñuelos, dedicaba sus ocios á la poesía, á la música y al amor del hogar; y era cuadro digno de ser observado, el que ofrecía su bufete, cuando su puerta se abría con estrépito y entraban dos chicuelos rubios á tirarle del bigote, á revolverle los papeles esparcidos en la ancha mesa de ministro y á alegrar con sus acentos de pajarillos en el alba, el severo despacho del joven y ya notable abogado, conde ARMANDO DE ROJAS Y NAVAS.

III

Los periódicos de la capital comenzaban á hablar con entusiasmo delirante de una tiple del género andaluz, que con su belleza y gracia traía revolucionados al elemento joven y al viejo que concurrían al Teatro Cómico.

Se agotaban todos los adjetivos para enaltecerla: se leían en letras de molde las frases más apasionadas cuando de su labor artística se trataba. Aquella mujer había enloquecido á los cronistas y gacetilleros de los diarios.... y hasta se asegura, que su recuerdo embriagador había turbado más de una alcoba de los hasta entonces tranquilos matrimonios de algunos potentados.

IV

Era tal el coro de alabanzas incendiarias que se hacían en torno de la tiple andaluza, que su rumor llegó hasta el retirado bufete de Armando, el cual, no pudiendo sustraerse á la curiosidad general, fué una noche al Teatro Cómico. Desde que *la Elena* (así la llamaban sus íntimos) apareció en escena, los fatigados ojos por el estudio, de Armando, no se separaron de ella. En una de las escenas, tenía que bailar la tiple un bolero. Armando, dominado por aquella hermosura.... subyugado por tanta gracia, maquinalmente se arrancó la blanca camelia que llevara en el ojal del frac y la arrojó á los pies de la tiple, la que le dió las gracias con una sonrisa.... y se prendió la flor en el robusto pecho.

El joven conde sintió en el rostro un calor semejante al que produce una terrible bofetada en una mejilla.

Alguien le preguntó:—¿Qué te parece *la Elena* cuando baila? y Armando contestó sin darse cuenta de que la respuesta le vendría por lo emocionado que estaba:—Me parece *la llama del alcohol*.

Y en efecto, la frase no podía ser más exacta; porque cuando la andaluza bailaba, imprimía á su marmóreo cuerpo ese vaivén sugestivo y ardiente del alcohol inflamado, cuyas lenguas de fuego parecen lamer y buscar algo.....

V

Aquella noche el joven y ya notable abogado, conde Armando de Rojas y Navas, al meterse en el dulce lecho conyugal, se olvidó de besar á sus hijos que dormían sonriendo en cunas de raso, encajes y plata.

VI

Armando comenzó á frecuentar *el cuarto de la tiple*.

Madrid 2 de Febrero de 1892.

El primer día de conocerla le había arrojado una camelia blanca á la escena: á los seis ó siete de tratarla le había ofrecido una fortuna.

*La Elena*, que tenía *sus cosas de honrada*, sabedora que el elegante conde era casado y padre de dos hijos, rechazó.... ¡y se había enamorado tan locamente de los ojos negros y correcta figura de Armando, que para no llorar por el bien despreciado.... se emborrachó aquella noche con varios amigos y cantó mejor que nunca en los postres, su inagotable repertorio andaluz.

VII

El conde estaba furioso.

Desconocedor del motivo por que había sido rechazado, no volvió á pisar el cuarto de la actriz; pero todas las noches se veían brillar como dos soles, dos ojos negros, que parecían iluminar el fondo de uno de los palcos inmediatos al escenario.

VIII

Armando cambió completamente de vida, hasta el extremo de alarmar á su familia con sus continuados desórdenes.

De algo debió enterarse su bella esposa, cuando agotó sus caricias y ternuras de mujer enamorada para volver al redil, aquella alma sujeta al mantón de Manila de la bailadora andaluza.....

IX

El empresario del Teatro Cómico estaba furioso. La tiple andaluza no había ido al ensayo y le habían asegurado que la habían visto subir á un reservado del tren, con un viejo y riquísimo hacendado. Las injurias y palabras mal sonantes salían de los pálidos y temblorosos labios del viejo empresario, con la abundancia con que en el jardín brota de la horrible boca del endriago de piedra el chorro de agua cenagosa.

—Esto me lo figuraba yo, decía: si vino escapada de Francia porque era un constante temor para los padres de familia.... les arruinaba los hijos.... se los enfermaba.... ¡Dios mío, qué temperamento!.... y el caso es que su fuga me arruina.... ¡Como la caze.... tomo con ella una de las precauciones que observaba Francisco I con sus amantes cuando partía para la guerra.....

Una carcajada general acogió las últimas palabras del indignado *caballo blanco* del Teatro Cómico.

X

*En un círculo aristocrático.*

—¿Sabéis lo que se dice, querido Armando?

—Lo ignoro, Marqués: sabéis que mi bufete me absorbe todo el tiempo.

—Pues se asegura que la célebre Elena....

aquella graciosísima tiple andaluza que traía revueltos hace algunos años á los concurrentes al Teatro Cómico, está gravemente enferma del pecho en Barcelona y se consume por momentos: es verdad que llevaba mala vida.... se excedía en sus expansiones de amor.... Dicen que de todo el castillo de su belleza no le quedan más que los ojos, aquellos ojazos negros que tenían reverberaciones ígneas.... ¡Qué lástima! ¡tan hermosa mujer como era! Pero ahora recuerdo que el día que os pregunté en el Teatro Cómico qué os parecía su modo de bailar, me dijisteis que era *la llama del alcohol*: y se quedó entre nosotros con ese nombre.... ¡por cierto que el día que nos preguntó quién se lo había puesto, al decirle el tuyo, nos pareció que se quedaba triste....

Armando, adoptando el tono frívolo de quien habla de las condiciones de un perro de casta, interrumpió friamente al Marqués:

—No tiene nada de particular que se quedara triste, querido: sin duda un presentimiento le diría que vivía como una *llama de alcohol* en un recipiente de fuego... y moriría como ese líquido cuando le falta fuerza.... para arder.....



## MEDICOS DISTINGUIDOS

DR. D. ANTONIO BARRINAT



Conoci al Dr. Barrinat y Smith el año pasado en una visita que hice á Cartagena, pueblo cercano á Cienfuegos y entre cuyos moradores abundan ejemplos de hombres honrados y laboriosos.

A pesar de los pocos días que permanecí en Cartagena, mi hermano Eduardo no quiso que me separase de aquel lugar sin traerme, entre mis impresiones y recuerdos, la impresión y el recuerdo que siempre dejan en el ánimo caracteres tan simpáticos como lo era el del amable é ilustrado doctor que una tuberculosis pulmonar arrebató á la vida hace poco.

El Dr. Barrinat y Smith—hijo de Cárdenas—cursó sus estudios é hizo su grado de medicina en Barcelona. Al retornar á Cuba se estableció en Cartagena y allí ha permanecido consagrado por espacio de catorce años al ejercicio de su profesión, muy respetado y muy querido, entre la consideración y la simpatía, sin que razones políticas le hubiesen quebrantado jamás el aprecio que todos en Cartagena sentían por el que tuvo la bondad como norma de su vida y la nobleza como pauta de sus acciones.

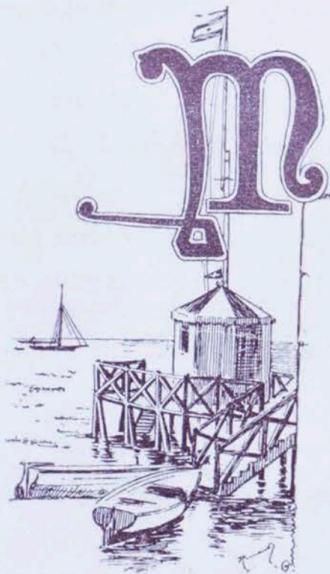
El Partido Autonomista ha experimentado una dolorosa pérdida con la muerte del Dr. D. Antonio Barrinat y Smith. Fundador del comité local, sus servicios á la causa de dicho partido han sido grandes, constantes y eficaces en toda aquella vasta y rica parte de las Villas. De su puesto de Presidente del Comité no lo hubiera derribado más que la muerte, porque sus correligionarios lo estimaban—con harta justicia—un insustituible en la jefatura del Partido.

Ha desempeñado, entre otros cargos, el de Médico Municipal, y estas notas para ser completadas necesitan decir que con el fallecimiento del Dr. Barrinat ha desaparecido de Cartagena uno de sus ciudadanos más queridos y del hogar que su amor edificara ha huido un corazón siempre inclinado hacia la bondad.

ENRIQUE FONTANILLS.

## MARIETTA

(CUENTO)



MARIETTA era una italiana muy pobre y muy linda. Vino de su país, después de haber perdido á sus padres á consecuencia de horrible epidemia, con objeto de huir muy lejos del teatro de sus penas. Sola, con un par de agujas de tejer, dos mudas de ropa, mucho dolor en el alma y un corazón de oro puro, llegó á la Habana, sin saber cuál sería su destino, sin contemplar la más ligera nubecilla de grana en el horizonte de su vida, siempre cerrado y obscuro para sus ojos azules. Pero era joven y fuerte: ella confiaba en sí misma, en su pasión por lo bueno y por lo bello y en sus habilidosas manos que tejían puntas primorosas, para no dejarse llevar de los sombríos pensamientos que nublan las frentes de los que han perdido la última esperanza.

Creía en Dios; pero nada más que en Dios, porque lo sentía de lleno en su conciencia pura y sabía rezarle con palabras lindísimas, combinadas de tan caprichosa manera artística, que le resultaban unas oraciones tan bellas como su rostro, que había servido de modelo, en su país, más de una vez, para las vírgenes de grandes pintores.

Marietta no le temía á la muerte; pero le horrorizaba pensar que ella pudiera morir sola, sin una persona cariñosa á la cabeza cuya mirada amiga calmara sus últimas congojas, le humedeciera los labios secos, le echara fresco en la cara con un abanico de plumas y le estrechara la mano con cariño. Cuando pensaba en estas cosas, se ponía muy triste, y recordaba á sus padres que habían muerto, en el espacio de una hora, sin consuelos ni caricias de nadie.

Cuando Marietta se hallaba bajo la influencia de tales pensamientos, salía, como loca, á la calle, buscando aire nuevo para sus pulmones y deseosa de encontrar alguna persona ávida de esos últimos alientos tan necesarios á las almas que se despiden para siempre de la vida.

Una vez que Marietta se hallaba muy triste, aturdida con el mariposeo fantástico de sus pensamientos de luto, pasó por una casa donde observó inusitado movimiento de personas y de objetos. Se asomó á la entornada puerta y una joven corrió hacia ella diciéndola desesperadamente: «¡venga pronto, que mi padre se muere!»—Entró en una habitación tapizada de damasco azul celeste, donde un anciano de faz desencajada, presa de un ataque, se revolvía en convulsiones violentas. Se acercó al le-

cho, besó la frente húmeda del anciano, le pasó un brazo por el cuello y con las manos le acarició con tanta dulzura, que el enfermo fué volviendo lentamente y dijo, tras una sonrisa de transparente gratitud: «no me he muerto, porque he sentido hasta lo más íntimo del alma, el amoroso ruego de un ángel que no me ha dejado abandonar la vida».

En otra ocasión Marietta se lanzó al campo del combate. Es que ella no podía admitir en su pensamiento que alguien muriese solo, sin consuelo, ni caricia. Un soldado cayó á pocos pasos de ella con el cuello traspasado por un balazo; Marietta corrió en su auxilio, le besó la frente curtida por el sol de los campos y tapó con su mano, más blanca que el algodón, la abierta herida por donde borbotaba la sangre con gorgoriteos de manantial. El soldado levantó los ojos amarillentos y contempló á Marietta bañada en purísima alba luz, exclamando: «¡oh virgen divina, has destruido en mi corazón el odio á mis hermanos y me haces vivir, al dulce influjo de tu infinita bondad, para amar á todos los hombres».

Marietta consoló á muchos moribundos con la inmensa ternura de su corazón purísimo; y los que tuvieron la dicha de espirar en sus brazos, se despidieron de la vida sonrientes é iluminados con los reflejos tenues de blanca luz celestial.

\*\*\*

El aire era muy frío.

La inmensa sala del hospital, mal alumbrada con bujías de aceite, nace en el gran arco de la entrada, para terminar, entre dos compactas hileras de camas blanquísimas, en una puertecilla colorada, que da acceso á la habitación de la hermana que cuida el gran departamento de mujeres. El aire fresco penetra por las rendijas de las ventanas, y mece, con su soplo misterioso, las sábanas de las camas, de las que sale un ruido de roce de telas arrugadas, producido por las pobres enfermas que se arrebujan buscando el tibio calor de la salud y de la vida.

El olor de las tisanas satura la atmósfera, y el aleteo de las mariposas que van á quemarse en la movible llama de las luces, traza en las paredes y en el techo grandes manchas negras que parecen murciélagos gigantes.

La hermana, en su ronda nocturna, examina atentamente todos los rincones y se detiene, con ansiosa curiosidad, ante la cama en que Marietta duerme.

La hermana palidece: no hace un momento estuvo hablando con Marietta y le dió á tomar la cucharada de bromuro..... y ahora la encuentra muerta.

¡Qué pálida y qué sola!

Al siguiente día, muy temprano, el carro negro del hospital se llevó para el cementerio su cuerpo divino, que fué arrojado en la fosa de los pobres, sin acompañamiento, sin lágrimas y sin flores.

CÉSAR CANCIO.

## CRÓNICA

Esta vez ha funcionado el cable para transmitirnos una noticia muy agradable.

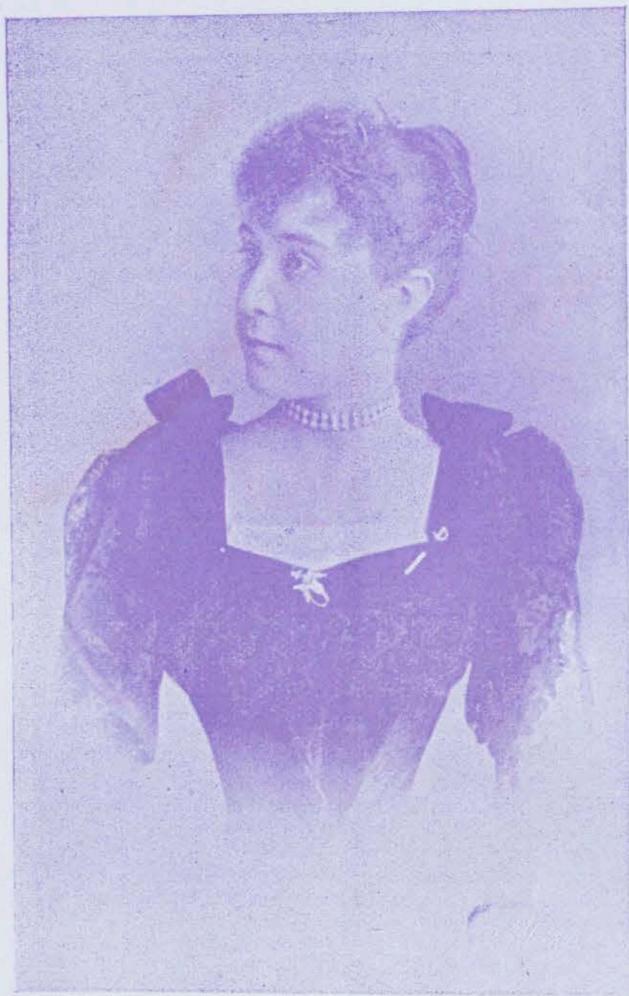
Se trata del matrimonio del director de este periódico, de nuestro siempre queridísimo Manuel Serafín Pichardo con la distinguida señorita María Amblard, la gentil hija del distinguido Diputado por Cárdenas.

En una de las iglesias de la Corte ha tenido celebración, el miércoles de esta semana, el feliz enlace de la joven pareja.

Brillante ha sido el inolvidable acto. El cable, con su concisión sistemática, no ha omitido comunicárnoslo, así como los nombres de las ilustres personas que han figurado en la nupcial ceremonia como para cifrar con la respetabilidad de sus timbres el siempre poético cuadro de dos seres dignos de gozar de las felicidades que desde una hora memorable les depara la bendición sacerdotal.

María y Pichardo han sido apadrinados por el Sr. Rafael María de Labra y su señora esposa, firmando el acta civil, como testigos, el General Riva Palacio, Ministro Plenipotenciario de México en la Corte de España, el ex-diputado y publicista catalán Sr. D. Víctor Balaguer y el eximio poeta Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Dos palabras sobre la novia, acaso innecesarias, ya que la galantería debe detenerse, muda y respetuosa, ante el dintel que separa al mundo en que se brilla del hogar en que se ama.



SRA. MARÍA AMBLARD DE PICHARDO.

La blonda castellanita que ayer veíamos atravesar por nuestros salones, siempre seguida del alado séquito que la admiración expresa en una frase de elogio ó una sonrisa de simpatía, la airosa damita tan celebrada por su belleza como por su elegancia, ha visto ahora que á su paso se han abierto las doradas puertas de una felicidad inagotable en sus favores si quiere la suerte, como esta vez lo ha querido, que se uniesen dos existencias destinadas á no estar separadas y que se fundieran dos almas creadas para sentir las mismas venturas ó llorar los mismos dolores.

María ha llegado á ese hogar y ya el epitalamio está hecho. Lo habían ido forjando en torno de su vida las mejores estrofas del bardo que cuando cantaba su amor dejaba marcados con tinta los latidos de su alma.

Felices existencias las que han logrado la realidad de sus ideales. Felices María y Pichardo sobre cuyas vida esplende una mañana de luz inapagable.

Yo los saludo desde lo más íntimo de mi alma, allá donde guardo esos grandes afectos que no han podido robarme mis grandes y calladas desilusiones.

\*\*

Cada domingo que pasa noto que es más creciente la animación de las tarde del Prado.

En la Habana hubiera sido de difícil implantación un paseo de carruajes particulares. Hay dos razones para creerlo así: la primera, que las familias que tienen coches no son nada afectas á ir de paseo por las tardes; la otra razón es que en un tiempo muy limitado es posible recorrer las principales avenidas de la ciudad.

Aquí no escasean buenos trenes, pero para verlos reunidos hay que esperar un acontecimiento teatral ó de sociedad. De otra suerte, apenas si verán ustedes una docena de carruajes que sale en estas noches de verano camino del Prado, alrededores del Parque ó á lo largo de Carlos III.

En cambio, el paseo á pie por los parques no ha tardado en ser muy favorecido. Se ha impuesto al extremo de constituirse en verdadera moda.

El paseo del domingo último, puede considerarse como el más concurrido. Vista desde lo lejos la larga alameda ofrecía el aspecto de un bullicioso oleaje de cabezas.

Por la noche hubo doble retreta: en el Parque Central y en el nuevo parquecito de Albear.

La concurrencia fué á tal punto extraordinaria que se recordaba instantáneamente, en presencia de aquella baránda de paseantes y aquella triple fila de carruajes, la noche en que la banda de la fragata francesa *Duquesne* tocó en nuestro Parque.

Aumentaban la animación de la noche las luminarias y colgaduras de los edificios que festejaban en ese día la inauguración de la estatua levantada al ilustre ingeniero en un extremo de la plazoleta de Monserrate.

Hago llegar hasta mi crónica el eco de esta festividad, porque mucho ha de tardar para que se vean nuestros parques tan rebosantes de animación y de concurrencia como se vieron el domingo anterior.

\*\*

Sigue abierto el capítulo de viajeros distinguidos.

Entre los que ya han salido, del sábado á la fecha, se encuentra la elegante y muy bella Sra. Charito Armenteros y su esposo el Sr. Don José María Herrera.

Los señores de Herrera pasarán en los Estados Unidos la estación de verano.

Pronto saldrán también la distinguida dama Sra. Narcisa García viuda de Moliner, los señores Condes de Casa Bayona, el director de *La Habana Elegante* Sr. Enrique Hernández Miyares y el conocido joven Pancho Montalvo, todos con dirección á los Estados Unidos.

A estas horas debe de haberse embarcado mi simpático amigo el joven *chroniqueur* Francisco García Cisneros, más conocido en los salones y en el periodismo por su pseudónimo de *Raoul François*.

García Cisneros pasará en New-York una temporada y lleva el propósito de editar en la casa tipográfica de Bolet Peraza un libro de cuentos con el título de *Mayólicas*.

\*\*

Un nuevo círculo de recreo acaba de instalarse en el punto más céntrico de la ciudad.

Ha adoptado por nombre el de *Veloz Club*, á imitación del famoso casino madrileño.

El *Veloz* ocupa la casa de Neptuno frente al Parque, propiedad y residencia hasta hace poco de la respetable familia de Zúñiga. El local—como es sabido—reúne todas las condiciones apropiadas para un club: esto es, amplitud, elegancia y buena situación.

En el arreglo y decorado de la casa se ha tenido muy buen gusto, como que al frente del *Veloz Club*, entre los miembros de su Junta Directiva, figuran no pocos jóvenes conocedores del asunto.

La nueva sociedad celebra su fiesta inaugural el lunes con un baile organizado por el entusiasta *Círculo de Reuniones*.

\*\*

Mi bienvenida al joven Dr. D. Juan José de la Maza Artola.

Este distinguido letrado acaba de retornar á la Habana, después de una larga *tournee* por varias ciudades de España, por París y por los Estados Unidos.

\*\*

Esta noche reciben á sns amistades los señores Ariosa.

\*\*

Esta noche, el baile de las flores del *Casino*. Alternará la orquesta de Valenzuela con la Banda de «Santa Cecilia.»

Trátase de un baile que es uno de los privilegios, por su brillantez tradicional, del *Casino Español*.

Por su parte el *Círculo Habanero* anuncia su *bal des fleurs* para el sábado próximo.

\*\*

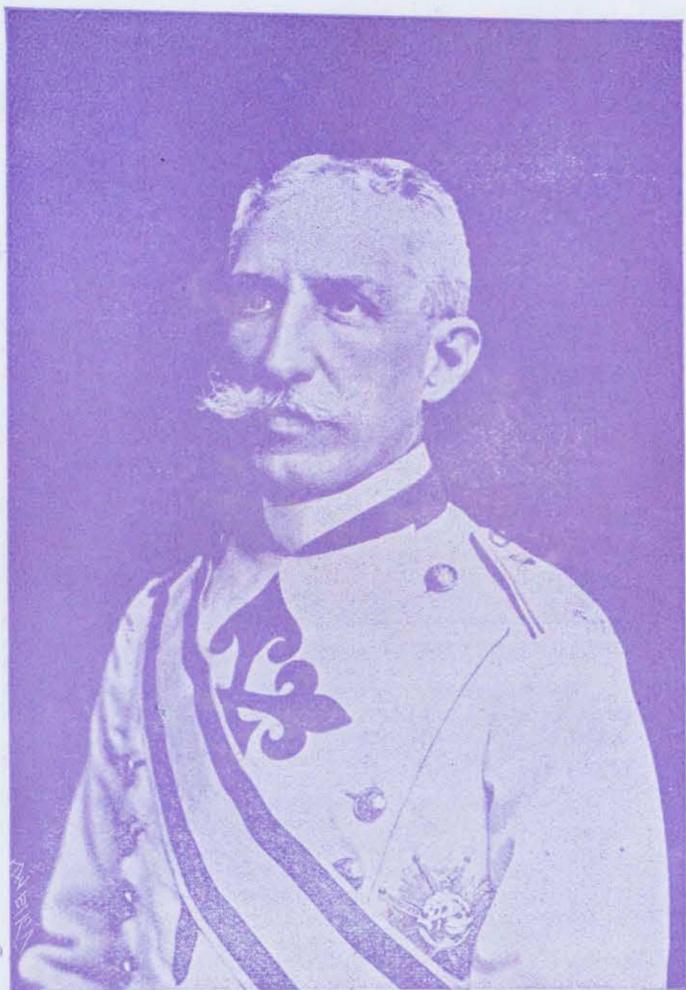
*El Parzival* dedica estos renglones al acreditado establecimiento *El Anteojo, Obispo 28 esquina á Cuba*, donde ha encontrado esa hospitalidad que es proverbial en la isla de Cuba. *El Parzival* le está sumamente agradecido al Sr. D. F. Sánchez, dueño de *El Anteojo*, por su buena acogida y el trato fino que se le ha dispensado. *El Parzival* tiene esa suerte de que en todas partes se le acoge con gusto y se le aprecia por sus excelentes cualidades. Entre muchas dedicatorias con las que se le ha honrado al *Parzival* se distinguen las de S. M. la Reina de España, S. M. la Reina de Italia y de S. M. la Reina de Portugal.

En todas las exposiciones ha sido premiado *El Parzival* y últimamente en la de *Chicago* con el diploma siguiente:

“Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentados.”

Concluye *El Parzival* repitiéndole las gracias al referido dueño de *El Anteojo* en cuyo establecimiento tiene el honor de ofrecerse al mundo elegante de la Habana.

\*\*



EL CONDE DE LA REUNIÓN DE CUBA.

Un *gentleman* en toda la amplia acepción de este término.

Es una de esas personalidades que por su relieve hace innecesaria toda biografía. Mucho se le conoce y mucho se le estima en la sociedad para que la pluma de un cronista pueda presentar un rasgo que sea de novedad en la vida del simpático Conde.

Es un aristócrata por abolengo y por temperamento. Del Sr. Santiago Cuesta hay que decir—parafreando á cierta eminencia—que si no fuera Conde merecería serlo. Porte distinguido, maneras elegantes, *causerie* amena y un alma templada en esos torneos de la vida de sociedad donde la oportunidad os reserva un triunfo en una sonrisa ó una victoria en una frase.

Su nombre está vinculado en la historia del *Unión Club*. Es el único título que nos queda de aquella veintena de socios que fundaron en 25 de Enero de 1880 el elegante y espléndido club. El único, en efecto, porque D. Pedro Balboa no era entonces Marqués de Balboa ni D. Domingo Arango era tampoco Marqués de la Graciosa, y ya han desaparecido de la vida los únicos Marqueses de aquella primera etapa del club: Calderón, Villalba y Sandoval.

De la elección del Sr. Conde de la Reunión para la Presidencia de dicha sociedad, ya he hablado en otro número de EL FIGARO, señalándola como una elección dictada por la justicia. Ha sido Vice-Presidente en las tres primeras Directivas y su nombre y su concurso no se han separado, á través de quince años, de la vida y los hechos del *Unión Club*.

*Turfman* completo, se le cita como una autoridad en la materia. En los buenos tiempos de la sociedad habanera, cuando se iba á los hipódromos con más afición y más dinero que los que se han llevado siempre al *base ball*, el Conde de la Reunión se colocó en primera fila y se ganó una fama de *ecuyere* que ha quedado para siempre. Sus lances de *jokey* se comentan con entusiasmo en los clubs y en las pistas, por más que el Conde ha dejado sus aficiones de jinete sólo para cuando tiene que recorrer las tierras de sus fincas.

Tal como lo véis en esta página de EL FIGARO, con esa expresión simpática de una fisonomía joven blanqueada por la nieve de los caballos, viste el Conde de la Reunión el albo traje de Caballero de la Orden de Santiago, cruzado el pecho por la banda de Isabel la Católica.

Nuestro *coup de chapeau* al noble de raza y al caballero de amabilidad exquisita.

\*\*

Ya ha quedado abierta la temporada del *Habana Yacht Club*, la aristocrática sociedad que preside el Sr. Springer, Cónsul en la actualidad de los Estados Unidos en la Habana.

De hoy en adelante se servirán comidas diarias para los señores socios á la hora de costumbre. Los domingos habrá almuerzo.

ENRIQUE FONTANILLS.

## LOCURAS

«Los defectos que echamos en cara á las mujeres, se convierten en cualidades cuando nos aprovechamos de ellos; son defectos cuando maquinan contra nosotros. En esto, como en todo, nuestro interés constituye nuestra opinión».

En un asiento rústico de piedra con su festón de yedra que le prestaba encanto y hermosura, allá hacia el fondo del jardín florido, «al ángel encontré de la ventura», en éxtasis profundo sumergido. Leía un libro de lujoso porte; quiero decir, un libro que tenía por su aspecto y su corte olor á vanidad y á tontería. Su cabecita rubia, encantadora, se destacaba tan gallardamente apoyada en la planta trepadora, que parecía un delirio de la mente, vivo ideal de un alma soñadora. ¡Y qué mano tan mórbida y tan suave! Nunca un artista la soñó más bella: yo no he visto una mano como aquella desde que sé mirar; antes... ¿quién sabe! Y era de ver bajo la falda leve de su traje más blanco que el armiño, traje de espuma, de alabastro y nieve que caía en tenues ondas, su pie breve, nervioso y juguetón como el de un niño. En deleitosa calma el pensamiento la acarició un momento, como acaricia, triste y conmovido, cuando le asaltan penas y dolores, un recuerdo lejano y bien querido que sonríe al llegar y habla de amores. Hice ruido por fin en la maleza, y al levantar sus ojos con viveza fijándolos en mí, sentí algo extraño que sacudió mis nervios fuertemente y sin saber por qué me causó daño. ¿El corazón leal, que nunca miente, presintiendo un peligro me advertía que me pusiera en guardia? *Ciertamente*. Al punto recobré mi sangre fría, saludé amable... y sin tener cuidado por lo que ella dijera y pensaría, hice una venia y me senté á su lado

soltando una trivial galantería.

—Ya sabe usted quién soy, y á qué he venido.

—De modo que usted quiere una respuesta...

—Rotunda y categórica.—Entendido.

Le voy á complacer; poco me cuesta.

No.—¿No?... ¿Por qué motivo?... ¿En qué se funda?

—Pues en todo y en nada:

no embrolle esta cuestión ni me confunda,

me pidió una respuesta á su llegada

y la di *categórica* y *rotunda*.

No, no, y mil veces no.—Bien, bien, no insisto,

pero me deja á obscuras, nada entiendo...

—Desea usted que hable y me resisto,

quiere usted no insistir y está insistiendo.

Tal es el hombre... el déspota, el tirano,

el que cree tener, en su grandeza,

toda la luz del sol en la cabeza

y el destino del mundo en una mano.

Un fanfarrón, un monigote, en suma;

rara mezcla de audacia y de egoísmo

que persigue quimeras y se abruma

al hallarse burlado por sí mismo.

—¿Pero, vamos á ver, señora mía,

tiene algo de común con nuestro asunto

esa extraña y mordaz filosofía?

¿Me quiere contestar?—Punto por punto

con hidalga honradez.—Eso quería.

—Un amigo de usted, casi un hermano,

y mi amante... *oficial*, tiene el empeño,

la pretensión, de que le dé mi mano,

cuando yo soy su esclava y él mi dueño.

Le juré lealtad, y no me arguya

que en hora amable de quietud y calma;

cuando le di mi cuerpo, juró el alma

no ser de otro jamás... y será suya.

Cuerpo y alma, los dos, en lazo ardiente:

¿Quién dá un cuerpo sin alma? ¿Se concibe

entrega tan soez? ¿Dios la consiente?

Perece el cuerpo, pero el alma vive

y allí brilla el amor eternamente.

—Pues si todo su anhelo y su cariño

están en él cifrados, ¿por qué trueca

su manera de ser?—Porque es un niño

y se puede cansar de su muñeca.

Eternamente suya, pero libre;

esclava voluntaria, no forzosa;

que salte el lodo y la calumnia vibre;

manceba me verán, jamás esposa.

¿Qué me dá el mundo? Nada. A su albedrío

corta y raja en mi honra!—Eso sucede.

—No temo su maldad, la desafío...

porque tengo un amante, todo mío,

me lo quiere quitar... ¿á que no puede?

—Toda mujer casada,

según su teoría, es desgraciada;

su marido la vende ó la desprecia.

—¿Eso he afirmado yo? No soy tan necia.

Hablé de él y de mí; por consiguiente

no he de sacrificar á miramientos

del mundo malicioso é indiferente

*mi manera de ser*, mis sentimientos.

Hoy que soy suya y no lo soy, me adora:

¿Quién sabe si mañana, *toda entera*,

vendría la realidad abrumadora

á matar de raíz...—Esa quimera,

—Paso la frase.—Dicha en confianza,

—Dicha como haya sido, la sostengo.

—¿El tiene en mi firmeza confianza?

—No lo puedo afirmar.—Pues yo la tengo.

—¿Y si llega á ser madre?—Dios lo quiera.

—Entonces pensará de otra manera.

¿Lo cree usted así?—¿Yo? ¡Quién lo sabe!

Rayos trae de luz la nueva vida;

esa es una ilusión hermosa y suave

que en el fondo del alma está dormida.

Dijo y se levantó: la noche oscura

proyectaba sus sombras en la tierra,

en esta triste y honda sepultura,

donde la criatura

con la duda del mal siempre está en guerra.

Mayo, 1895.

CARLOS CIAÑO.

## ¡Oh, los besos.....!

Para Abraham Z. Lopez Penha

Oh! qué dulces los besos, los hondos,  
los que brotan del alma que adora,  
como surgen los pájaros blondos  
cuando rasga sus vestes la aurora;  
¡Oh, qué dulces los besos, los hondos!

Oh! qué puros los besos, los suaves,  
los que llevan aroma en sus alas,  
agitando al pasar, como aves,  
su plumaje de nitidas galas,  
¡Oh, qué puros los besos, los suaves!

Oh! qué ardientes los besos, los tiernos,  
los que vibran cual notas de lira,  
los que lloran dolores eternos  
de la eterna pasión que suspira,  
Oh! qué ardientes los besos, los tiernos!

¡Oh, qué tristes los besos, los pálidos,  
los que adoran dolientes quimeras  
y se estampan en rostros escuálidos  
cuando mueren las dichas postreras,  
¡Oh, qué tristes los besos, los pálidos!

¡Oh, qué alados los besos, los besos  
que han nacido al nacer los amores,  
los que brotan de labios opresos  
como brotan temblando las flores,  
¡Oh, qué alados los besos, los besos.....!

Habana, 1895.

FEDERICO UHRBACH.

## Su Retrato



O habían colocado en un poblachón horrible, á ciento y pico de leguas de la capital, donde quedaban todas sus afecciones, todos sus recuerdos más dulces y hacía como un mes que se preguntaba á todas horas:—¿Pero yo voy á vivir aquí siempre?... si esto es un destierro....

No conocía á nadie, pero á él lo conocía todo el mundo.—Es el forastero—murmuraban indiscretamente los vecinos de N. al verlo cruzar por las tardes, hundiéndose en su gabán, con el sombrero hasta los ojos, como si quisiera respirar en el interior de su vestido el ambiente cariñoso de la ciudad lejana. Lo miraban como una cosa rara, como un fenómeno de feria. No debía parecerse el forastero á ninguno de sus semejantes del pueblo.

Por las noches, cuando sentía desde el hotel los agudos y prolongados pitazos del tren, tomaba su bastón y su sombrero y se dirigía á la estación para ver los que se iban ó venían de la capital, se hundía en las sombras del paradero, allí donde hervían de frente al pasaje los resplandores del farol del despacho y clavaba los ojos curiosos en las ventanillas de los coches y en las plataformas. Cuando veía una cara conocida, se pegaba á la columna para no ser visto. ¡Qué vergüenza que le vieran en el fondo del aquel villorrio! Si aquello era una deshonra....

Venía á arrancarle de su contemplación, el resoplido de la máquina, que tomaba aliento para continuar su camino. El pesado convoy empezaba á moverse con trepidaciones de epiléptico, después cruzaba todo entero ante su vista, produciéndole un ligero mareo. Si se dirigía el tren á la capital lo contemplaba envidioso, cerraba los ojos y con el pensamiento seguía á toda aquella muchedumbre encajonada, corría según la impaciencia de su deseo, salvaba vallas, cañadas, puentes y llanuras ó iba á desembocar en aquella estación ruidosa, espléndidamente iluminada, desde cuya boca se abarcaban alegres avenidas cruzadas por cien vehículos.... pero el silencio le volvía á la realidad y al sentir el golpe de los sacos de la correspondencia, al caer sobre la carretilla, despertaba de aquel sueño delicioso y se dirigía más triste que la campiña dormida en las sombras que dejaba á su derecha, á la estación de correos á esperar su carta.

¡Su carta!... ¡Cuántas veces un *no hay*, seco, pronunciado por el oficial de la distribución ennegreció aún más sus pensamientos y prestó colores más sombríos y más tétricos á aquel poblachón odioso. Pero cuando la había, cuando tocaba su mano aquel sobrecito monísimo que convidaba á llevarlo á los labios; cuando le hería como un dulce recuerdo del pasado aquel perfume del sobre, tan familiar, tan querido para su corazón; cuando ya en mitad de la calle, podía á favor de las luces de una tienda, ver aquellas patitas de mosca, trazando su nombre sobre

fondo rosa, blanco ó azul claro, entonces, antojábasele que las calles se anchaban y el empedrado no tenía baches, y los establecimientos lucían más que de ordinario y hasta los vecinos de N. no dejaban caer con tanta impudencia sus miradas curiosas sobre el forastero.

Llevaba su carta; ¡oh! era en vano que faltando ella, recibiera media docena á cual más interesante. Si á alguno se le ocurriera preguntarle, recibiría esta respuesta:—No he tenido carta.—Aquella carta era el compendio y resumen de toda su correspondencia. ¿Parecía mentira? Una carta menuda como un naipe y no muy abultada.... Pero ya en su bolsillo, se encerraba para saborear en secreto aquellas dulzuras inefables y para todos desconocidas, que debía encerrar su carta. Y no era empresa de pocos minutos. El análisis, examen, compulsión, recorrido y saboreo de la microscópica misiva, llenaba justamente el tiempo intermedio entre la hora de su llegada á N. y la llegada de otra hermana suya, del mismo ó distinto color, pero con seguridad del mismo olor y cubierta con las mismísimas patitas de mosca.

Una noche, al pegar la cabeza á la reja del despacho, tembándole, como siempre, la mano y palpítándole el corazón, recibió su carta; pero ¡oh dioses inmortales! la carta había crecido, era mucho mayor y ofrecía cierta resistencia al tacto. ¡Caso insólito! Creyó que el empleado había sufrido un error, pero al volverse para hacer su devolución, algo como el aliento de ella, le hirió de lleno. Era el perfume de su carta. ¿Qué era, pues, aquello?... ¿Qué trastorno se había operado en las leyes inmutables de su correspondencia? Por intuición, vió ante sí una metamorfosis radical en toda su existencia. Tendió la vista en derredor.... pues no, no ocurría nada de notable. ¿Pero es que aquello era posible? ¿Pero es que no se hablaba ya de él en las calles? ¿Pero es que sabía todo el mundo la felicidad enorme, aplastante, estúpida que había caído sobre aquel desdichado pueblo? Le dieron tentaciones de gritar desde la mitad de la plaza:—¡Infelices! ¡gentes sin alma! ¿no veis que llevo aquí su retrato?... ¡Echad esas campanas á vuelo!... hombres sin corazón.

Luego pensó si se habría equivocado.... si estaría él viendo visiones.... Se acercó al escaparate de una confitería, metió la mano en el bolsillo de pecho de su paletó y.... sacó aquella gloria de los cielos, aquel pedazo de cartulina envuelto curiosamente en un sobre muy terso, sellado como el libro del apocalipsis con siete sellos.... nó, con cinco, uno en cada esquinita del cierre y el mayor en el centro. Después, miró bien, se cercioró de la indiscutible legitimidad de su dicha ¿á qué dudar?... allí estaban hablando sin decir palabra aquellas patitas de mosca. Todo podía falsificarse en el mundo ¿pero aquella letra?... ¡imposible!. No había manos en la tierra que llenaran un sobre con más gracia y con menos ortografía.

Ya en su aposento, hizo todos los preparativos necesarios para entregarse en cuerpo y alma, con todos sus sentidos y potencias, á aquella obra decisiva, trascendental, importantísima de romper el sobre. Lesepe, el gran Lesepe, no experimentó mayor emoción ni más hondas impresiones en Suez, al romper el átsmo. ¡Qué temblores de incertidumbre! ¡qué golpes internos del corazón queriendo atravesar las paredes del pecho para venir á bañarse en la contemplación muda y estática de tanta hermosura, de belleza tanta!... Y al fin, como rompe la rosa el botón de su entreabierto cáliz, surgió aquella visión inefable, aquella carita de cielo al amanecer, surgió aquella visión inefable, aquella carita de cielo al amanecer, surgió aquella visión inefable y ondeado cabello, los ojos, imán de su alma, ascuas vivas que es incomprendible como no quemaron aquella finísima vitela del sobre; la boca, un hechizo, un búcaro de perfumes embriagantes.... ¡Claro! ¿Cómo no había de oler bien aquella carta si encerraba dentro todos los pebeteros orientales, todo el primaveral equipaje de Flora?... ¡Y cómo empapó la vista hidrópica y el alma sedienta en aquella fidelísima imagen de su amor; y cómo paseó los labios ardientes y reseco por toda aquella superficie esmaltada, verdadero cristal traicionero que le robaba el calor de aquel ángel!... ¡Oh!... ¡si estaba hablando!... ¡si era ella misma, con toda su infernal coquetería en los ojos traviesos y brilladores, con toda la deliciosa languidez de su semblante divino!...

Y mientras tanto, abierta como un nuevo prontuario de ortografía, estaba allí olvidada su carta, aquel menudo plieguecuelo de papel rosado, lleno de patitas de mosca, verdadera partitura amorosa. Al fin cayó sobre ella, pero para volver á los pocos segundos á encarnizar la vista en aquella imagen tan querida que llenaba por completo la habitación.... ¿la habitación?... ¡el pueblo todo!... y lo envolvía en torrentes de luz y de perfumes. Parecía se al gato solicitado por dos presas igualmente apetitosas: iba de la carta al retrato y del retrato al papel, y los ojos indecisos no acertaban á encontrar paradero. Pero leída la una y contemplado el otro horas, larguísimas horas, creyó oportuno buscar sitio seguro y decoroso para aquel tesoro que se le había entrado por las puertas. ¡Sitio seguro! ¡si aquel retrato no tenía sosiego ni paradero fijo!... Tan pronto iba á reposar á la gaveta del escaparate, como despertaba en la cama para ir á dar con su cartulina sobre el pupitre, después de haber hecho infinitas evoluciones en las manos de su poseedor, pasado cien veces por sus labios, descansado sobre su palpitante pecho y recorrido todos sus bolsillos.

Y ya no volvió á salir por las calles de N. con el sombrero hasta los ojos y enterrado en el alto cuello de su balandrán. Llevaba la cabeza levantada, el cuerpo recto, los ojos dominadores, como triunfantes. Cuando notaba al paso aquella frase: *el forastero*, se sonreía con lástima, con piedad. ¡Infeliz!... ¿Cómo podía vivir aquella gente sin *aquello* que él llevaba en el bolsillo de su paletó, sobre su corazón?...

Y cuantos lo veían pasar con aquel aire satisfecho y aquel semblante en que relampagueaba la dicha, murmuraban:—El forastero está muy contento. Con seguridad que ha recibido noticias de un ascenso próximo.

ALVARO DE LA IGLESIA.



## Señorita Ana Aguilera y Kindelán

EL FIGARO, que no sueña sino con ofrecer incentivo sobre incentivo á sus numerosísimos lectores, se propone dar á la estampa en sus páginas toda una Galería de mujeres orientales.... cubanas, esto es, de hijas de ese oriente de la Isla que produce tipos más seductores todavía que los entrevistados por novelistas y poetas en las vagas regiones que componen el decantado Oriente del viejo Mundo.

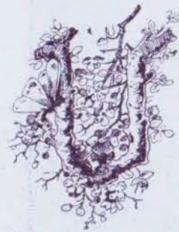
Abrimos tan interesante galería con el retrato de la distinguida señorita Ana Aguilera y Kindelán, nacida en la simpática ciudad que fundó Diego Velázquez y perteneciente á una de sus familias más ilustres, como que es hija de D. Francisco Vicente Aguilera, nombre famoso en la historia de nuestras políticas contiendas.

Ana es muy bella, con ojos que son soles y un talle majestuoso como el que las reinas tienen, al decir de los poetas. En la constelación de hermosuras orientales es sin disputa el astro que despidе resplandores más intensos. Educada á la americana, por haber permanecido largo tiempo en los Estados Unidos, han podido desarrollarse en ella las excelentes cualidades nativas hasta tocar la perfección. Su modestia es velo que encubre una inteligencia realmente superior, velo que discretamente no se abre sino en la intimidad, y entonces los dichosos que la cercan quedan dulcemente cautivados.

EL FIGARO se honra engalanando una plana suya con la imagen de tan adorable señorita y cree inaugurar dignamente con ella la serie que dará á luz de bellezas orientales. ¿Quién no conoce en Cuba á *Anitica* por el *Sol de Oriente*?



## PUNTOS Y COMAS



UN libro de versos de Núñez de Arce es siempre un acontecimiento: el que acaba de ponerse á la venta bajo el título de *Poemas Cortos* es una joya más que viene á aumentar el esplendor de su corona de artista. De todo ese bellísimo libro quisiera hablar largo y tendido, pero *descubrir* á estas horas á don Gaspar me resulta una solemne majadería y prefiero ofrecer á ustedes algunos fragmentos. Léase el siguiente soneto, *Julietta y Romeo*:

Pronto á partir, temiendo que la aurora  
á sus contrarios delatarle pueda,  
de pie en la escala de torcida seda  
suspira el joven con pesar: —¡Ya es hora!—

Y envuelta en la hojarasca trepadora  
que por los vidrios del balcón se enreda,  
con voz, la dama, entrecortada y queda,  
retiene al dulce bien que le enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,  
de la impaciente alondra, quebrar pudo  
del furtivo coloquio el embeleso.

—¡Ya va el alba á llegar, véte, alma mía!—  
ella gimió, y en el silencio mudo  
de la vencida noche, estalla un beso.

Y *El primer luto de amor*:

¡Ay! ¡No era para mí ventura tanta!  
Tenaz dolencia arrebatóme aleve  
de mi tierna ilusión la dicha breve,  
que aún muerta en mi memoria se levanta.

Del seno virginal de aquella santa,  
como nube de incienso undosa y leve,  
voló el alma tan pura, cual la nieve  
que no manchó jamás humana planta.

Cuando en su casto lecho, con profundo  
recogimiento, el pan de eterna vida  
recibió, despidiéndose del mundo,  
clavó en mí su mirada entorpecida  
con el supremo afán del moribundo,  
y quedó, al parecer, como dormida.

\*\*\*

Usando y abusando de un estilo anecdótico y cuasi novelesco el Sr. D. Tirso de Olazabal ha referido en un libro curiosísimo y Madrid, Abril de 1895.

con todos sus pormenores aquel célebre viaje que hizo de incógnito por España el Pretendiente D. Jaime de Borbón.

Un bibliógrafo sagaz y oportuno ha dicho que la calaverada del joven y futuro rey de los carlistas tiene mucha semejanza con la del *Rey que rabió*. Y no le falta razón—por que excepción hecha de la mordedura del perro—el de Borbón se parece al de la zarzuela en no pocas cosas. *El rey* de Vital se escapa de la corte; Don Jaime se escapa también, no de la corte precisamente, pero sí del Palacio que tiene su padre en Italia; aquel se viste de campesino y lleva al General de compañero con detrimento de sus soberbios mostachos; este trajea de capa y hongo y va á los toros y bebe aguardiente de mora y agua con azucarillos en los puestos del Prado y claro está que se codea allí con *el Chispa* y *la Chufitas*. . . Si aquel requirió de amores á una bella segadora, éste se entusiasma con todas. Y por último, el de la zarzuela es perseguido y no encontrado por el General, mientras Don Jaime es también perseguido y casi pescado por la Guardia Civil al pie de los Pirineos.

«Fortuna ha sido—escribe Rodrigo Soriano al ocuparse del libro—que no le ocurriera lo que le aconteció á Edmundo de Amicis con un barbero carlista: que estuvo á punto de cortarle el pescuezo. Si Don Jaime tropieza con un barbero republicano no hay que decir si hubiera tomado precauciones para evitar que el peluquero le tomara lo que en las peluquerías suelen tomar».

Menudas desazones pasó en aquella época el Sr. Sagasta.

—Parece mentira—decía D. Práxedes—que este chiquillo pálido y enclenque, que parece una plegadera de marfil, ande toreando nada menos que á un gobierno poderoso.

Y tanto, que ya ustedes verán como se derrumbó, de un soplo, cual si fuese un castillo de naipes.

\*\*\*

La insigne doña Emilia Pardo Bazán y Vogüe publicó un cuento titulado *La sed de Cristo* en un número extraordinario de *El Imparcial*. Esto no tendría nada de particular: lo particular es que doña Emilia dijo que en Judea había naranjos en tiempos de Cristo; y como por estos mundos el menos listo las caza al vuelo, un señor la pilló el anacronismo y se armó una bronca literaria y doña Emilia enojada dijo que *no era en Judea sino en el Olimpo que ella puso los naranjos*. . .

No tenía tantos bríos la señora Pardo Bazán cuando el escritor mejicano Sr. Icaza encontró en sus obras las obras de Vogüe traducidas.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

## Rafael Moré



CON el mayor gusto, con verdadero entusiasmo, publicamos en el presente número el retrato del joven habanero D. Rafael Moré, hermano de nuestro queridísimo amigo, el aplaudido escritor M. Remo, redactor de este periódico.

Por la interesantísima narración que al retrato acompaña podrán convencerse nuestros lectores de la proeza realizada por el ya célebre velocipedista Sr. Moré, quien ha recorrido en bicicleta nada menos que dos mil millas en veinte días y hecho, además, el mejor *record* en el Canadá, obteniendo medalla de oro y el dictado de *Champion subidor de lomas*, que así le llaman los periódicos de Toronto.

Llegue, pues, hasta el amigo Moré, residente hoy en New York, con su distinguida familia, la ovación que desde aquí le dedicamos y la admiración que como hombre arrojado é intrépido se merece.

He aquí la narración que de su interesante viaje en bicicleta hace el Sr. Moré.

### DOS MIL MILLAS EN BICICLETA

DESPUES de haber asistido al gran *meeting* que celebraron en Montreal el primero de Julio de 1894 los velocipedistas canadenses, habiendo presenciado las carreras del campeonato del Canadá y visto romper el *record* de una milla por el conocido Johnson, salimos el día dos, caballeros sobre nuestras bicicletas, dos jóvenes americanos y yo, dando comienzo al gran viaje, que resultó más hermoso, mucho más, de lo que, al estudiarlo, habíame imaginado.

Dejamos, pues, á Montreal el día 2 de Julio á las 5 de la mañana, una de esas mañanas de verano, tan deseadas en los países fríos. ¡Adelante! Mis pies en los pedales de la bicicleta y el pensamiento que no quería apartarse de la bella ciudad, Montreal, sin disputa una de las más bellas de América, limpia y pintoresca como ninguna. Seguiamos unos dos mil velocipedistas que acudieron á despedirnos y desearnos un feliz viaje.

Recorrimos 5 millas sobre un terreno aceptable, siguiendo la orilla del histórico río San Lorenzo y nos encontramos frente á los rápidos de Lachine, cerca de la pequeña población del mismo nombre, bautizada así, según creo, por la gente del descubridor del Canadá Jacque Cartier, que pensaron que por ese camino iban á dar con la gran China. Contemplé un instante la caída del agua que tantas veces había pasado en buque de vapor, en bote indio, y no pocas había estado á punto de salvarla, y salvarme, á nado, contra mi voluntad, por supuesto. Cruzamos luego los pueblos veraniegos de Lachine, Dowal, Valois, Pointe Claire y Ste. Anne's, situados en las orillas del lago San Luis. Almorzamos en el último de estos pueblecitos y continuando viaje, pasamos en bote el río Ottawa. Sólo existen allí dos puentes y son para el ferro-carril, y aunque yo propuse atravesarlos en bicicleta, esto no se llevó á cabo por oponerse á ello mis compañeros, temerosos de darse un baño. Del otro lado del río pasamos por los pueblos de Vaudreuil, Como, Hudson y otros, quince en total, antes de llegar á Ottawa, término de nuestro primer día de viaje. Daban las ocho de la noche. No nos había ocurrido ningún percance á pesar del mal camino y del calor que á veces nos asfixiaba, y nos dormimos como unos benditos.

En Ottawa, capital del Dominio del Canadá, fuimos obsequiados con una comida por el club velocipedista. Al terminar los brindis partimos para Kingston á donde llegamos á las 2½ del día 4, y seguimos hasta Belleville. Después de un contratiempo que nos retrasó bastante llegamos á Port-Hope, verdadero Puerto de esperanza para nosotros, pues se nos venía encima el gran aguacero.

En Toronto nos recibieron comisiones de los veinte y un clubs que existen en esa ciudad. No pudimos asistir á las comidas y fiestas que nos ofrecían por no perder tiempo. Sólo habíamos caminado 413 millas en cinco días y medio y teníamos hecho el cálculo de 100 millas diarias. Los ciclistas nos acompañaron hasta las afueras de la linda ciudad. La carrera de Toronto á Sarnia fué verdaderamente regia, el terreno muy llano y los caminos inmejorables. Pasamos por Cooksville, Brampton, Georgetown, Guelph, Berlin, Petersburg é innumerables pueblos hasta llegar á London (no el de Inglaterra) encontrando durante la jornada muchos velocipedistas, pero muchos, que iban de pueblo en pueblo para negocios. 144 millas más fueron agregadas al *score*.

De London salimos el día 7 á las 4 h. 30 m. de la mañana llegando á Sarnia á las 12, después de haber corrido 68 millas sobre un camino tan liso y llano como una mesa de billar.

Sarnia es una pequeña ciudad situada al extremo del lago Huron. Aquí comienza el *fin*, como dicen los ingleses. Se bailó de lo lindo y después de prometer que nos quedaríamos un día más, nos escapamos muy de mañana con dirección á Chathan, en el camino de Sarnia á Windsor. Esta última ciudad dista 109 millas de Sarnia é hicimos la carrerita en 12 horas. Un ferry nos llevó al otro lado del río dejándonos en Detroit. Estábamos á 750 millas de nuestro punto de partida. En recorrer esa distancia habíamos empleado siete días y doce horas, contando con las paradas mencionadas: no podíamos ser más exactos en nuestro cálculo.

En Detroit terminaba el viaje para mis compañeros. Uno de ellos, el joven

Smith, me hizo hospedar en su casa, donde fui espléndidamente tratado, recibiendo las más delicadas atenciones de su respetabilísima familia.

Tanto les rogué á mis amigos que conseguí me acompañaran á Buffalo, que está á 300 millas de Detroit, vía Hamilton y Niágara Falls, ó sea por el lado del Canadá.

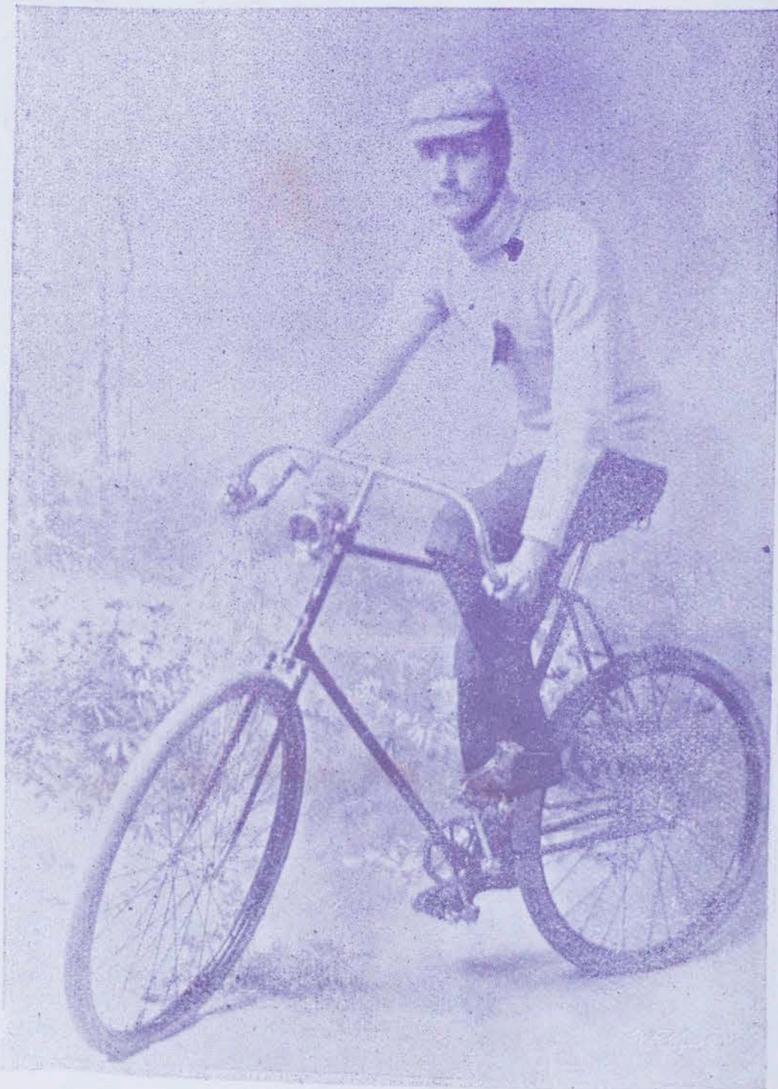
Después de un gran día en Detroit donde no descansamos de la bicicleta partimos para Hamilton pasando por London otra vez, Bradford y Paris, pequeña villa que quiere imitar á la capital de Francia, en miniatura. En Hamilton se improvisó un baile en nuestro honor y pasamos la noche muy divertidos.

Al romper el alba el día 13..... echamos á correr. Ibamos á subir las lomas más altas de esa región, que se levantan entre Sta. Catharine y Niágara Falls. Son siete las lomas, á cual mas elevada y pendiente. Yo tuve la gloria de subirlas todas sin apearne de la bicicleta, hasta llegar al tope de la última, por lo cual me llamaron los periódicos de Toronto *Champion subidor de lomas*. Tendido sobre la hierba tuve que esperar más de una hora á que llegaran mis compañeros, que han fan echado pie á tierra.

Bien podía darme por satisfecho de mi jornada, mas he aquí que, después de correr tres millas, aparece ante mí el célebre pico, que dá á las cascadas y donde se alza el monumento del general Brocks. No vacilé y comencé á *trepár*. Cuando creí estar en la cúspide, porque la subida se hace en espiral, me doy cuenta de que sólo me hallaba á medio camino. Resuelto á no rendirme y hostigado por una turba de muchachos y labradores empeñados en convencerme de que no era capaz de realizar tal cosa, eché el cuerpo hacia adelante, di nuevo impulso á los pedales, y haciéndome sonreír el recuerdo que vino á mi memoria de cierta escena interesantísima de *Las tribulaciones de un chino en China*, ganaba terreno, subía y subía, seguido de aquella turba y zumbándome los oídos el aire y el clamoreo de mis obstinados perseguidores. Un esfuerzo más, uno tan sólo y..... vencí: había llegado al pie del monumento. Con un corta-plumas grabé mi nombre y mi hazaña en uno de los árboles del hermoso jardín que allí existe, y, rendido de fatiga, cai al suelo donde me encontraron mis compañeros profundamente dormido.

A las cataratas del Niágara llegamos á las 11 de la mañana y á Buffalo á las 3 de la tarde. Habíamos recorrido hasta ese instante—día 13—1015 millas *on the road*, sin contar lo andado por las innumerables villas y ciudades por donde pasábamos y donde no perdíamos ni un rincón.

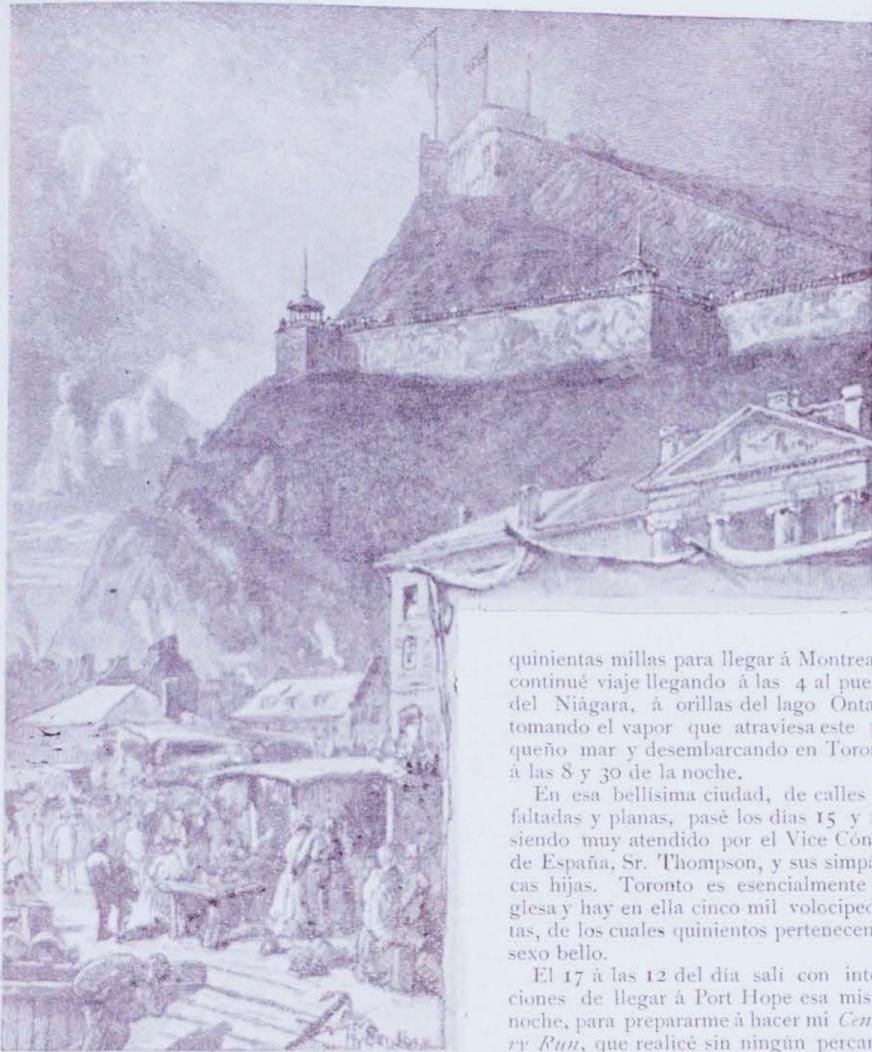
¡Bien la corrimos en Buffalo, bien la corrimos por aquellas hermosas calles asfaltadas! Nos recibieron comisiones de diferentes clubs; las cuales nos agasajaron y enseñaron toda la ciudad. Alrededor del Parque hay una pista de cinco millas. En ella recorren algunos velocipedistas 200 millas al día. Visitamos la iglesia protestante donde se guardan las bicicletas de los trabajadores que vienen á la ciudad; allí quedan depositadas, en perfecto orden, con su número



RAFAEL B. MORÉ

correspondiente cada una, desde 1 hasta 2000. Estuvimos en el célebre *bar room* cuyo suelo, paredes, cielo raso, mesas y mostrador están incrustados con monedas de cinco, diez y veinte pesos oro, diferentes minerales preciosos, y cuya barra de mostrador es de oro macizo. ¡Docientos mil *dollars* regados allí y con un gusto no propio de yankees!

Después de una noche de baile salimos el día 14 á las ocho de la mañana para el Niágara. Almorzamos, del lado canadiense, en el nuevo y ya famoso *restaurant* fundado por Lord Dufferin. Mis amigos partieron para Detroit vía Hamilton y yo propúsemme recorrerlo todo, sin dejar nada por ver. Faltábanre



La ciudadela de Quebec.

quinientas millas para llegar á Montreal y continué viaje llegando á las 4 al pueblo del Niágara, á orillas del lago Ontario tomando el vapor que atraviesa este pequeño mar y desembarcando en Toronto á las 8 y 30 de la noche.

En esa bellísima ciudad, de calles asfaltadas y planas, pasé los días 15 y 16, siendo muy atendido por el Vice Cónsul de España, Sr. Thompson, y sus simpáticas hijas. Toronto es esencialmente inglesa y hay en ella cinco mil velocipedistas, de los cuales quinientos pertenecen al sexo bello.

El 17 á las 12 del día salí con intenciones de llegar á Port Hope esa misma noche, para prepararme á hacer mi *Century Run*, que realicé sin ningún percance digno de nota. Sólo la lluvia me molestó algunas veces. ¡Bien podía Port Hope llamarse Puerto del agua!

Ya en puerto, después de darle una buena fregada á mi caballo y acuitarlo debidamente, arreglé mi certificado que tenía que ser firmado por todos los hosteleros de los pueblos de importancia que se encuentran entre este y Kingston, distantes 107 millas, y me metí en la cama soñando ganarme honradamente la codiciada medalla. ¡107 MILLAS!..... desperté.....

¡Qué desencanto, esa mañana, cuando asomé las narices por la puerta de la calle! Con la lluvia el camino habíase convertido en una inmensa charca. Yo estaba resuelto y no di oídos al hostelero que me aconsejaba dejase la empresa para el siguiente día, y presentéle mi certificado que firmó en el punto que decía: *I certify that Mr. R. Moré has left the Queen's Hotel at Port Hope at 5 a. m. on the 18 th. July 1894.* En seguida lancéme loma abajo desesperadamente, como alma que lleva el diablo, llegando á Cobourg á las 5 y 40, después de luchar con el lodo que me impedía andar, y teniendo que desmontarme dos ó tres veces. No había un hotel abierto, pero, afortunadamente, tropecé con un señor, el cual me dijo era muy popular en la localidad y que podía, por lo tanto, firmar el certificado. Volví á subir en la bicicleta y salvé las diez millas que separan á este pueblo del de Grafton, que pasé de largo; pero sintiéndome un poco débil, pues no había tomado nada esa mañana, por haber agriado la leche los dichosos truenos de Port Hope, arremetí con más bríos que el mismo Don Quijote contra un lechero que á la sazón ordeñaba su vaca en el camino. El buen hombre díjome que no tenía que comprarle leche, que podía tomar cuanta quisiera. No fueron necesarias otras palabras para que me echara al colete nada menos que una botija, y torné á volar, prometiendo á mi hombre pregonar por todo el camino la bondad de su leche y los excelentes pastos de su hacienda.

A Colborne llegué á las 7, almorcé, firmaron mis papeles y seguí rumbo hacia Belleville, pasando por Brighton á las 7 y 45, por Trenton á las 8 y 40 y llegando á Belleville á las 9 y 30, después de haber andado 60 millas en cuatro

horas y media. Aquí lonché, descansé media hora en un sofá, y á no ser por un gato que me saltó encima, á quien, á decir verdad, debo la medalla, me hubiera quedado dormido, Dios sabe hasta qué hora.

A las 10 salí de este pueblo, pasando por Shawnoville á las 10 y media, y entrando en Napanee á las 11 y 25. Un gran vaso de leche y unas galletas me dieron fuerzas para subir la loma que hay á la salida del pueblo, la cual es en extremo pendiente, pero que, con mi agilidad, ya reconocida, logré vencer fácilmente. Llegué á Odessa, 17 millas más al Este, á las 12 y 45, alcanzando, al fin, al deseado Kingston á la 1 y 28, cayendo desfallecido en un sillón del Hotel British América. Allí me encontró mi amigo Geo Robertson, llevándome á su casa donde pasé dos días. En la carrera empleé OCHO HORAS y VEINTE y OCHO MINUTOS, ganándome una medalla de oro: había hecho el mejor record en el Canadá.

El día 21 á las 6 de la mañana me embarqué en el vapor Corsican, cruzando entre *Las mil islas*, y desembarcando Brockville, 49 millas de Kingston, á las 7 y 30. Monté en mi *fiel caballito* que me llevó hasta Vaudreuil, 100 millas más cerca de Montreal, después de haber andado más de 56 millas sobre el camino de hierro por estar la calzada imposible. Eran las 8 de la noche, aunque de día, y me atreví á pasar el río por el puente que dejé mencionado al principio de esta verídica historia. Este puente tiene dos tabloncillos de cinco pies de ancho en un costado, con una cuerda por baranda, siendo su longitud de media milla. Alcancé sin novedad el extremo opuesto justamente en el instante en que aparecía un tren. Allí, en Ste. Anne, tomé algo de comer, y no atendiendo á los ruegos de los amigos para que me quedase, tomé la línea férrea otra vez hasta llegar á Pointe Claire, donde dejé la vía férrea por la calzada. Llegué á Valois á las 9 y 30, bailé durante una hora en el Yacht Club, y, por último, entré en Lachine, donde se encontraba mi familia, de temporada, á las 12 y 30 de la noche, habiendo recorrido ese día, y por muy mal camino, 140 millas.

Llevaba andadas, sobre caminos y calzadas, 1835  $\frac{1}{4}$  millas, marcando mi reloj de millas ó Ciclómetro 2031 millas, que fueron las que hice desde mi salida de Montreal y durante los días 2 hasta el 22.

Y pongo punto final á esta desaliñada narración, pasando en silencio mis viajes á Quebec y á St. John. He tratado el punto, á la carrera, sólo como velocipedista, mas ¡ay! ¿qué decir de todo lo visto en los lugares recorridos? Intentarlo sería entonar un himno á la Libertad y á la Civilización, que tan felices hacen á los pueblos que han tenido la dicha de alcanzarlas.

RAFAEL MORÉ.

New York, 1895.



Una calle en Toronto.

## Al jilguero de mi dama

En rica jaula de metal dorado  
Guarda la dama desdeñosa mía,  
Como una joya de mayor valía,  
Un hermoso jilguero encarcelado.

Recibe el pajarillo aprisionado  
Mil pruebas de cariño cada día  
De su gentil señora, á la que envía  
Su acento melodioso el siervo alado.

Yo que lamento el cautiverio triste  
En que anidas, volátil prisionero,  
En esa rica jaula en que naciste,

¡Tanto á tu dueño con el alma quiero  
Que, odiando el servilismo, cuanto existe  
Diera yo por ser tú, feliz jilguero!

ISIDORO G. ARIAS,

1895.

## Alba de amor

A José Francisco Piedra.

Surge la luna entre el cendal obscuro,  
Como pálida novia que á la cita  
Acude de un galán que tierno invita,  
Con el mágico acento del conjuro.  
El rostro de Selene casto y puro  
Es la corola de alba margarita,  
Cuyos fragantes pétalos, no agita  
El hálito terreno, siempre impuro.  
Ella trae á mi mente los amores  
De la edad en que brotan los candores,  
Aves blancas que anidan en el pecho  
Donde la dicha su mansión construye,  
Y los azules sueños no destruye  
El vendabal de la pasión, deshecho.

LEOPOLDO PEREIRA MEDINA,

Mayo, 95.



## Cartas de un veterano al General Martínez Campos

«Mi General: Muy creído de que se atiende á los viejos, voy á darle unos consejos... con el respeto debido.

No militares, que fuera darlos así, y no muy bien, indudablemente, á quien los puede dar á cualquiera.

Son de indole más blanda y los diré viento en popa: consejos para la tropa que Vucencia mueve y manda.

Veré si la pluma acierta: Higiénicos de verdad, para que una enfermedad los coja en guardia y alerta.

Porque la tropa en campaña como se bate y camina repugna la medicina que la debilita y daña.

En este país, señor, por diferentes razones, hay que tomar precauciones en los meses de calor.

Pero no encuentro motivo para que doctores *murgas* receten á un hombre purgas, hallándose *sano y vivo*.

Pues dice el doctor Fornaris, un doctor de gran talento, que, contra cualquier evento, está el *Agua Apollinaris*.

Agua que los males trunca; ó dicho mejor, los fragua, pues el que bebe de esa agua

no se pone enfermo nunca. No es preciso, General, beberla á pasto; sería, con la que se vende hoy día agotar el manantial.

Basta para que la gente haga de salud alarde, con un vaso por la tarde... tomado oportunamente.

No hay otro preservativo contra el estómago igual. Tómelo, mi General, y estará cien años vivo.

Digo vivo, y por supuesto que ágil, valiente, robusto; con satisfacción y gusto para conservar su puesto.

En esa nación honrada que hoy sostiene triste lucha; en donde su voz se escucha y se respeta su espada.

Aquí para entre los dos, esa *agua*, de virtud llena, concluirá con este lema de la casa de Quirós,

Pues dirá como Fornaris la gente que al bien arrolla: Después de Dios y *la olla...* el *Agua de Apollinaris*.

Yo se lo juro ahora mismo aunque me ponga en un tris; esa agua en este país es el agua del bautismo.

En cualquier parte se topa y puede decir Vucencia,

si es un caso de conciencia recomendarla á la tropa. ¿Tiene el estómago al día? Pues funciona el corazón, y la sangre en conclusión no dirá: esta pena es mía.

Poco cuesta, hablando en plata, y de ella la salud pende: cuando al por mayor se vende puede darse más barata.

Mi General, el soldado si la toma lo atestigua; que se meta en la manigna y se verá el resultado.

¡Apollinaris! ¡Pardiez, que se mezcla en ocasiones en las grandes recepciones al Champagne y al Jerez.

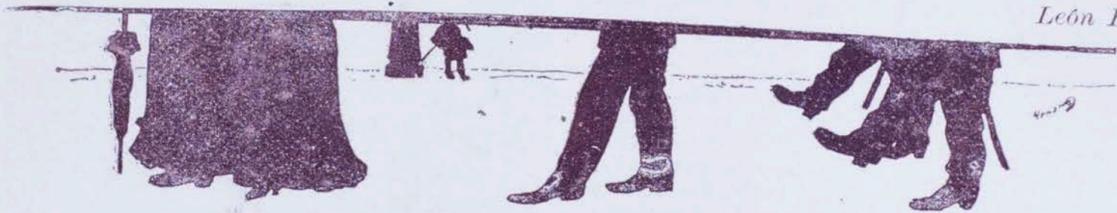
Al Rhin, al Burdeos, al Rón, y á la leche algo caliente, porque dá vida á la gente y ayuda la digestión.

Esto último formales recomiendan los Doctores para curar los dolores del estómago y sus males.

No hay médico aquí en la Habana que esta agua no recomiende, porque á la salud atiende y á quien está enfermo, sana.

Si Vucencia en conclusión, la tomara, contra amaños de cualquiera indigestión, Dios le dará muchos años para bien de la creación».

León Bravo Botella.



## Abanico "Imperio"



El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.

El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea á su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda.

Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes.

Pídase el abanico *Imperio* en

❖ La Complaciente ❖  
Habana 100

❖ La Especial ❖  
Obispo 99

❖ El Japón ❖  
S. Rafael 13



Tomad el gran Elixir Digestivo Pépsico diastasado de M. Novela.—Belascoain núm. 14.